

LIBRO XXII.

Descúbrese el delito de Efigenia.—Tráenla presa á Iconio con el Conde, y el Sultan se enfurece.—Va Miseno á la cárcel á consolar al Conde, y este lo despoja de sus vestidos, y huye de la cárcel.—Acusa el Conde á Miseno ante el Sultan.—Prepárase el suplicio para Efigenia y Miseno.—Al verlos se le muda al Conde el color, y estos se manifiestan con serenidad, núm. 13 y 14.—Le hablan al Sultan con heróico valor.—Manda el Sultan que en ambos se ejecute la sentencia, en Miseno de ser quemado, y en Efigenia de ser enterada hasta la cintura, etc., núm. 17.—Siéntese conmovido y manda suspender la órden.—Declaran testigos á favor de Miseno.—El Sultan da por libres á Efigenia y á Miseno, y manda que los conduzcan en paz fuera de su imperio, núm. 20.

1 Luchaba Miseno consigo mismo caminando solo y pensativo. Su entendimiento, su honor, la delicadeza de su corazon repugnaban las repetidas injurias que recibia del Conde. Con todo, elevando su pensamiento al cielo, y pidiendo auxilio al Omnipotente, se hallaba señor de sí mismo, y se animaba á combatir con todas sus pasiones, hasta tener sobre ellas un perfecto dominio: circunstancia indispensable para poseer su felicidad completa.

2 Pero si á mas de esto, se decia á sí mismo, pudiese yo libertar al Conde de los derrumbaderos por donde se va precipitando, aun seria mas feliz por contribuir á impedir la desgracia ajena. Á lo menos con mi diligencia he de poder algo, ó disminuirla ó retardarla, y así no trabajo inútilmente. Verdad es que yo no soy omnipotente, ni mi brazo igual á mi corazon; no obstante, siempre debo obrar segun las fuerzas con que la mano soberana me asiste, y aquello poco ó mucho que hiciere, será bastante para satisfacer y cumplir la ley de Dios, la cual me obliga á tratar al Conde como á hermano mio y miembro del cuerpo á quien yo tambien pertenezco. Haga él lo que hiciere, no dejará de ser hombre como yo, é hijo de Dios como yo; y cuanto mas inconstante fuere, y mas se dejare llevar de sus pasiones, tanto mas necesita de socorro; así no debo negárselo. En este combate que hace mucho tiempo principiamos, ¿consentiré acaso que él triunfe de mí por mi cobardía, flaqueza ó cansancio? Eso no es decente; y cuando yo no salga victorioso, reduciéndole á buen camino, cuando yo no me corone de laureles por no conseguir que siga la virtud, á lo menos no he de huir de la ba-

talla. Así se animaba Miseno encendido en el fuego de aquella celestial llama que le abrasaba las entrañas¹ desde el momento feliz en que encontró la santa Escritura, y bebió en ella las preciosas máximas que nunca supo enseñar la filosofía mundana. Cuando él discurría así, el Conde y mucho mas Efigenia se hallaban muy satisfechos siguiendo el camino de Armenia, para apartarse de Miseno á paraje distante y oportuno, á cuyo fin habian dispuesto alejarse del ejército, y acercarse á los Estados de Efigenia.

3 No podia escondérsele al Sultan la ausencia de su esclava que desde luego la echó menos. Siguióse al cuidado la diligencia, y á esta la noticia de su disfraz. Á consecuencia de esto los ministros de Soliman la siguen, la alcanzan, la reconocen, y atribuyendo al Conde el delito de haberla inducido, á ambos atados con esposas los llevan presos á Iconio. Cual viento furioso que empezándose á sentir sordamente muy á lo léjos poco á poco se declara un huracan manifiesto; así fue el rumor de este crimen que en un momento alborotó toda la corte. Soliman escribundo no sabia imaginar tormentos con que vengar su afrenta; sus esclavas ó concubinas tenian por injuria comun la infelicidad de Efigenia: valiéndose de esta ocasion para granjearse mejor el agrado del Príncipe, le exageran el horror que tenian de tan enorme atentado, y en demostracion del odio que se habia encendido en sus corazones contra la delincuente, le piden con instancia que les sea permitido castigar por sí mismas el delito de su compañera.

4 No acertaba el Conde á tomar el menor consejo, y en la prision se desesperaba contra Efigenia como causa principal de su desgracia. No ignoraba que se le preparaban los mas horribles tormentos, y en vez de revestirse de valor, se abandonaba á las pasiones mas viles é indignas de un hombre de bien, cuales son, el miedo, la rabia, el despecho, el soborno, el engaño, y en fin el deseo de valerse de cualquier medio, aun el mas indigno, para escapar de la muerte.

5 Efigenia al contrario reconocia humilde el castigo manifiesto del cielo por haber renegado de la fe que prometió en el bautismo, trocando el Cristianismo por la profesion de la ley de Mahoma². Habia preferido los agrados del Sultan á la gracia del Ser supremo que

¹ Era la gracia, que es inseparable de la caridad.

² La ley de Mahoma está toda reducida al Alcoran, volúmen que consta de 114 capítulos, que llaman Suras, código elegantemente escrito, pero lleno de fábulas, de errores, ignorancias, falsedades y contradicciones.

la crió; y ahora viéndose del todo perdida, confundida de su vileza y penetrada de dolor, queria lavar su crimen á lo menos con sus lágrimas. Levanta en silencio los ojos al cielo, los baja luego avergonzada, no atreviéndose á mirar al Señor supremo á quien tanto habia ofendido: este rubor, esta confusion agradaba mucho á Dios, y sus voces reconcentradas en el corazon subian en secreto hasta el mismo trono de la Divinidad. Era una pasmosa contraposicion la de los dos presos: el Conde todo cólera, rabia y furor; Efigenia toda compuncion, confusion y paciencia: el Conde blasfemaba contra los cielos, y se queria quitar la vida á sí mismo; Efigenia se resignaba toda como víctima de la divina justicia: el Conde acusaba al cielo de injusto, y Efigenia solo á sí propia se condenaba.

6 Acude Miseno al rumor del suceso, va á la prision, pide, insta, y con dádivas compra á los guardas el permiso de entrar en la cárcel. No iba con ánimo de echarle en rostro al Conde el origen de su desgracia, porque no es razon afligir mas al afligido, sino solamente queria animarle á sufrir la muerte con valor, caso que no pudiese evitarla, y se ofreció al mismo tiempo á practicar con el Sultan todos los buenos oficios que le fueran posibles. Con esta vista quedó el Conde algun tanto sosegado, y Miseno se retiró á trabajar en la empresa.

7 Hé aquí que de lo profundo de los abismos sale por decision de las furias el espíritu de la *mentira*, é inspira á Neucasis el pensamiento mas horrible que podia imaginarse. Va á hablar al Conde, y le aconseja que desnudando á Miseno de sus vestidos, y disfrazándose con su traje, se salga fuera de la prision engañando á los guardas. Dudaba el Conde tomar este partido viendo que Miseno quedaba expuesto á sufrir la pena que él merecia; mas en fin su corazon ya corrompido no halla tan horrible esta traicion como ella lo era: prevalece el amor de la vida, el temor de los tormentos, la persuasion de Neucasis, y así espera que vuelva Miseno á repetir los oficios de amigo para ejecutar entonces la mas abominable ingratitude. Entra Miseno en la prision, y el Conde pensativo y silencioso le escucha: hasta que resuelto se levanta de pronto como si fuese una fiera, arroja en tierra á Miseno, y valiéndose de la violencia y de la fuerza le despoja de los vestidos. No resiste Miseno, ni clama, porque no quiere por su causa perder al Conde; pero sí le dice con ánimo tranquilo cuando le desnuda: Hijo mio, no es la primera vez que me expongo á la muerte por salvaros la vida, y moriré satisfecho si á lo menos por esta fineza os merezco que tomeis mis conse-

jos. Advierte Efigenia el lance por una visera de aquella reducida prision, y cae en el suelo desfallecida igualmente que asombrada con el horror del crimen, con la heroicidad de la virtud.

8 Mientras vuelve Efigenia sobre sí, se sale el Conde de la cárcel resguardado del engaño, y á Miseno no le queda otro remedio que el de cubrirse con los vestidos que el Conde habia dejado. Entonces Efigenia algo recuperada se esfuerza á hablar á Miseno, y compungida de semejante caso, le confiesa su delito; reconociendo la mano de Dios que justamente la castigaba por su infidelidad. Declárale sinceramente toda su intriga con el Conde, el origen que habia tenido, cuáles eran sus designios, y al fin le pide consejo para aplacar la ira divina, con la mira de que á la infelicidad temporal no se le junte la eterna. Hablaba esta señora con las lágrimas y el corazon, mas que con las voces; y Miseno compadecido de su pena, sentia mucho mas la afliccion ajena que el peligro propio; pero viéndola con tan sincero arrepentimiento de su delito, la alienta en estos términos:

9 Tened ánimo, señora, que vuestro negocio lo teneis con un sujeto cual no sabríais desejarle, aun caso que lo hubiéseis de fingir. Es el Dios de la verdad quien os ha de juzgar, y la misma razon eterna, que se obliga á detestar vuestro delito, no consentirá que desprecie vuestro arrepentimiento. En su tribunal invariable Efigenia infiel es objeto digno de horror; mas Efigenia contrita, humilde y postrada delante de su Dios, pidiéndole perdon de los excesos cometidos, es objeto sumamente agradable. Señora, Dios ve las cosas como ellas son en sí, él es inmutable; mas cuando la criatura se muda, su misma inmutabilidad le obliga á trocar en agrado amoroso la indignidad de su cólera, porque jamás pudiera agradarse del mal, ni hacer desprecio del bien. Vos no sois ya la que érais ha poco, y por la misma razon Dios no será para vos el que antes era. Cuando le ultrajábais posponiéndole á los hombres, era Dios vuestro enemigo; mas cuando os postrais á sus piés con el corazon arrepentido, es vuestro padre amoroso. Confesad con amor puro la fe del bautismo, y el cielo recibirá vuestra muerte, caso que llegueis á padecerla, como satisfaccion de vuestras transgresiones, y de este modo seréis eternamente feliz. Á estos discursos fué Miseno juntando otros muchos, con los cuales enternecida Efigenia é inflamada, juró delante de los cielos y de Miseno que jamás faltaria á la palabra que daba á su Dios de serle fiel en adelante: y que contenta sufriria los mayores tormentos, si el Señor se los quisiese recibir en satisfaccion de su infidelidad pasada;

y gimiendo y suspirando le pidiese se dignase volver otra vez sobre ella su agradable y amorosa vista.

10 El pérfido Conde, para no ser buscado y seguido, añade á la primera maldad otra mucho mas horrible y atroz. Va á estar con el Sultan, que aun ignoraba quién fuese el instrumento y compañero del delito de Efigenia. Empieza su razonamiento al Príncipe por las mas finas expresiones de afecto con que siempre le amaba, habiendo recibido de él tan señalados favores; y continúa diciendo, que bajo del mayor secreto le quiere confiar la noticia mas importante. Miseno, señor, le dice el traidor, guiado de un espíritu de fanatismo, al que su rígida filosofía le ha llevado, sabiendo que Efigenia era de su misma religion, y que por motivo de vuestros agrados la habia abandonado, de tal modo le afeó este llamado crimen, que la persuadió á que huyese disfrazada en traje de soldado, y me pidió que la acompañase mientras que él tomando otro camino la iba á esperar á Palestina para entregarla á sus parientes. Yo, no pudiendo aprobar semejante infidelidad, traté con aspereza á Miseno, de lo que Mustafá puede ser testigo, el cual sé que se escandalizó de mi aparente rusticidad, porque ignoraba el motivo; y motivo tan feo, que no me atreví á descubrirselo, queriendo que antes recayese sobre mí la nota de grosero, que manifestar el delito de un amigo. Durante la marcha del ejército estuve siempre trabajando en persuadir á Efigenia que volviese á vuestros brazos antes que se notase su ausencia; mas no fue posible, porque ella tenaz persistia siempre en los sistemas de su religion: que tan fuerte habia sido la persuasion de Miseno. Apenas él supo que Efigenia estaba presa, fué á la cárcel á confirmarla en sus propósitos: yo los dejé allí, y á mí pesar vengo á delatarlos al mayor amigo que tuve en mi vida, porque es para mí mas sagrado que su amistad el respeto y amor que os debo, y el que debo á la verdad.

11 Acordóse entonces el Príncipe que Mustafá le habia hablado del Conde con desagrado por haber visto la segura con que trató á Miseno, y se ratificó en lo que decia el Conde. Agradecióle la fineza con que queria sacrificar á su régia amistad la persona de quien mas amaba, y le prometió que usaria de aquella noticia de tal modo, que ninguno pudiese sospechar quién fuese el delator de Miseno y Efigenia. Apenas salió el Conde de la audiencia del Sultan, cuando por su industria entraron tres testigos de mayor autoridad, afirmando que en ninguna otra materia se entretenian los dos presos sino en tratar como sostener su religion primitiva á costa de los mayores tor-

mentos, y en despreciar igualmente las caricias y amenazas del Soberano.

12 No rompe con mayor estrépito la mina cuando prende el fuego, como salió furioso el Sultan con la noticia que acababa de oír. Sin pérdida de tiempo manda que lleven á su presencia á los dos delincuentes, y entre tanto hace preparar el suplicio acostumbrado contra las infieles concubinas del Sultan, y contra los violadores del honor del Soberano: enciéndese la pira, y aun era mayor el fuego que ardia en todo el serrallo, teniendo todas las otras concubinas de Soliman por afrenta y desdoro la infidelidad de Efigenia. Cada una prepara su cántaro lleno de agua hirviendo, debiendo todas ir por su órden y antigüedad derramándola sobre la cabeza de la delincuente Efigenia, la cual habia de estar enterrada hasta la cintura en la plaza mas pública. Armase á un lado el patíbulo para quemar á Miseno á fuego lento. Fórmanse las tropas que habian quedado en Iconio para acompañar al Sultan, el cual debia ponerse en marcha el dia siguiente, y por todas partes no se veia ni se oia sino tumulto y clamores contra Miseno, como principal autor de aquella desgracia. Todos los partidarios de Efigenia y admiradores de su hermosura se mordian de rabia contra el inicuo instrumento de su desdicha; y finalmente aparecen entre las guardas presos y maniatados Efigenia y Miseno.

13 En el entre tanto el Conde estaba junto al Sultan; mas viendo á los dos presos, se le mudó el color, y le temblaban los miembros con el horror del propio crimen. El Sultan atribuyó este efecto á la ternura con que el Conde amaba á Miseno, y le dice que se retire para que no le cause tanta pena el suplicio del amigo; pero no lo hizo tan de prisa, que Miseno y Efigenia no viesen que el Sultan le abrazaba cariñosamente cuando de él se despedia.

14 No se conmueve la cumbre del Olimpo, cuando á las faldas del monte se amotinan las tempestades, ni la vid tierna se mueve, cuando está asida y abrazada con el olmo robusto: pues así estaban Miseno y Efigenia, no obstante la alevosia del Conde. Caminaban al suplicio con aire alegre, pero sosegado, semblante mas que nunca sereno, de tal suerte, que se maravilló el Sultan, y se pasmaron todos. Venia Miseno tan quieto y apacible, como si nada de lo que veia le perteneciese; mas sin afectar altivez ni desprecio. Efigenia iba con notable modestia, pero sin empacho; y al mismo tiempo con un nuevo resplandor de hermosura, mas sin vanidad: con señorío, pero sin la

menor soberbia. Así caminaba llevándose tras sí los ojos y los corazones de todos.

15 Son preguntados si confiesan al Profeta, y querian jurar la observancia del Alcoran. Efigenia declara que habiendo recibido el Bautismo, no trocaria la honra del martirio, ni por el cetro ni por la corona, aunque fuese de todo el mundo. Cuando los hombres me la ofreciesen, decia ella, me avergonzaria de ponerla en balanza con otra mejor corona que espero, cuanto mas de preferirla. Así no tardeis, compañeras, en abrirme las puertas por donde mi alma ha de salir de la cárcel en que se ve cerrada, puertas por donde en el mismo instante ha de entrar en la eterna felicidad, de la cual solo este pequeño resto de vida me separa. Y vos, Príncipe soberano, á quien indignamente amé olvidada de mí misma, sabed que no podeis darme mejor joya que esta corona, ni corresponder mejor á mi afecto, que con la muerte por semejante motivo. No os fuí infiel, y os lo juro delante de los cielos y de la tierra; solo fuí infiel á mi Dios, y por eso muero contenta por lavar con mi sangre este delito. En cuanto á Miseno, sabed que tan inocente está en el crimen de mi fuga, como vos mismo. Nunca me habló sino hoy en la cárcel: jamás mis ojos se fijaron en él sino despues que los abrí para ver mis excesos; antes bien le sentia un odio entrañable, que me devoraba el corazon, con el que lo detestaba, de manera que mientras amé el crimen aborrecí á Miseno con tal horror, tal furia, que llegué á maquinarle la muerte; mas hoy confieso que le debo la vida, no la temporal, sino otra mejor que espero. No os atrevais, pues, á castigar su inocencia; y duplicadme, os pido, mis suplicios, porque él no es cómplice de mi delito. Sufra yo el tormento de ambos, porque padeceré mucho mas si viere por mi causa padecer un inocente.

16 Cesó Efigenia, porque Miseno la atajó, diciendo con un aire noble y tranquilo: No os canseis, señora, en lo que me toca á mí; porque si soy verdaderamente culpado en el delito que mas irrita al Príncipe, ¿para qué quereis defraudarme el honor de ser castigado por él? «Es verdad, señor, que no concurrí á la fuga de Efigenia: es la verdad pura, pero tengo empeñados todos mis esfuerzos para confirmarla en la resolucion de volverse á su Dios, de quien mucho antes se habia apartado. Tenia dado su corazon al Dios verdadero, y despues inconstante é infiel se lo negó por dársle á vos. Conoció su yerro antes que yo la hablase, y queria detestarlo; yo la animé, y aun ahora en vuestra presencia lo hago. Así, señor, si es delito

«cumplir la palabra que dimos á Dios, confieso que merezco mil veces la muerte. Os suplico que no me la retardeis, ni me escaseeis los martirios, porque cuanto mas riguroso fuéreis conmigo, tanto mas piadoso y liberal me será aquel Soberano por quien padezco. Aquí me teneis, soldados.»

17 El Sultan lleno de rabia y centelleando los ojos manda que sin dilacion se ejecute la sentencia: que Miseno arda en fuego vivo, que las llamas sean avivadas con los materiales mas activos, para desahogo de las que la cólera le encendia en el pecho. Dijo, y todo estaba pronto. Ya Efigenia se halla enterrada hasta la cintura; ya las concubinas del Sultan van llegando con toda ceremonia, trayendo en la cabeza cántaros de agua hirviendo para derramarlos sucesivamente sobre la infiel compañera: ya Miseno se ve junto á la pira, cuyas llamas soberbias amenazaban á las nubes, cuando un repentino temblor ocupa todos los miembros del Sultan: un pavor extraordinario se le apodera del alma; teme sin saber lo que teme; un horror espantoso le aboga el corazon, de suerte que no conoce lo que le sucede. Aquella palabra que Miseno le habia dicho: si es delito cumplir la palabra que dimos á nuestro Dios, confieso que merezco mil veces la muerte, le heria el alma; y sin que pudiese impedirlo, se le estaba repitiendo interiormente. Afligido, inquieto, perturbado, da mil vueltas en el trono, quiere levantarse, mas se vuelve á su primera postura; de suerte que se veia bien el gran tormento que su alma padecia; manda, en fin, que todo se suspenda. Admirase el pueblo: son llamados otra vez los delinquentes delante del trono; y el capitán de guardias publica de parte del Soberano, que si alguno sabe alguna cosa á favor de aquellos reos venga á su presencia á declararlo, porque no es su intencion castigar la inocencia. Entonces comenzaron á salir por entre las filas de las tropas formadas aquellos soldados que habian conducido á Efigenia, y todos haciendo delante del trono mil reverencias á uso del país, juraron por el sepulcro del Profeta que no era aquel el reo, sino otro de edad mucho menor el que ellos habian preso y llevado á la cárcel, y que jamás habian visto á Miseno en el ejército, ni hablar con Efigenia. Oyendo esto el Sultan, quedó suspeso: pregun-

¹ Examínense cuántas virtudes resplandecen en esta generosa confesion de Miseno, en presencia de un juez bárbaro é irritado, y de una pira ardiendo. ¡Qué espíritu de religion tan puro, qué fe tan viva y constante, qué conformidad con la voluntad de Dios tan firme, qué amor de Dios tan sublime, qué amor del prójimo tan heroico, y qué deseo del martirio tan eficaz! De este pasaje, pues, se evidencia que arribó Miseno á lo mas elevado del heroismo cristiano católico.

ta, inquiera, y vuelve á hacer mil exámenes; y siempre halla la misma verdad; entonces le habla al reo de este modo:

18 Estoy, Miseno, obligado á daros crédito, porque vuestra verdad aparece clara como el sol, cuando yo os juzgaba criminoso por haberme robado esta esclava. Pero vos, Efigenia, ¿qué disculpa podeis alegar de vuestra feísima infidelidad? Yo os estimé, yo os amé con preferencia á todas mis esclavas, y de ninguna recibí hasta ahora afrenta semejante: Miseno ha probado su inocencia; mas vuestra culpa es tan notoria, que no da esperanzas de la menor excusa: con todo, hablad si podeis en vuestro abono. Decia el Sultan estas razones con una suavidad que no se habia visto otra vez en sus palabras. Admirábanse todos, y él tambien de sí se admiraba, porque no se conocia; y solo de este modo sentia refrigerio en su corazon.

19 Efigenia saludándole con el acatamiento que estaba acostumbrada, le dijo: Vuestro precepto, señor, en vez de serme favorable, me es sumamente penoso; y ahora antes quisiera vuestra ira que vuestra clemencia. No juzgueis que esto es desprecio de vuestra inaudita benignidad, sino confusion del delito que cometí contra el Dios que adoro: y ver que solo por medio de vuestra venganza podia satisfacer el haberle sido infiel. Por lo que á vos toca, sabed que nunca lo fuí. Amásteme, señor, es verdad, lo conocí; y sensible á la fineza de vuestro corazon, tal fue la correspondencia del mio, que me olvidé... ¡Ah, cielos, que fuísteis testigos de mi culpa, sedlo ahora de mi arrepentimiento! Me olvidé de mi nacimiento, me olvidé de mí, y hasta de Dios me olvidé por estimaros á vos: ved si os podia corresponder con mayor exceso. Dios es quien ahora me debe castigar, porque él es quien por vuestro miramiento fue ultrajado. Mas ahora reflexionando y volviendo en mí, quiero volverme á mi Dios: si quereis castigarme, hacedlo, porque solo así podré ser feliz. No me retardeis, os pido, semejante gloria, pues solamente mi sangre podrá limpiar la mancha que me hace horrible á sus divinos ojos, y aun á mí misma. Dejadme, pues, señor, dejadme ir á mi suplicio, que bien merecido le tengo. En esto hacia fuerza para irse acercando al lado donde estuviera mas pronta para ser quemada de las compañeras.

20 Asombróse el Sultan, y mudando de aspecto, la dijo con afabilidad: Efigenia, si fuísteis infiel á vuestro Dios, él y no yo es quien os ha de castigar, porque no nació el Sultan de Iconio para vengar las injurias del Dios que no adora. Á él le dísteis palabra antes que me conociésteis á mí; debeis cumplirla. Si me preferísteis á todo, y

aun á vuestro Dios, no puedo ni debo quejarme, ántes lo debo reputar por obsequio, y por obsequio excesivo. Volveos, pues, que yo os dejo libre; volveos, si quereis, al Dios que adorais, y sea Miseno vuestro conductor. Salid ambos de mis Estados con prontitud, pero salid con honor y en paz. Esto dijo el Sultan; y volviendo la espalda, se retiró hácia dentro, dando órden que fuesen los dos declarados inocentes bien tratados, y acompañados con la mayor decencia hasta la raya de sus dominios.

21 Habian huido por el mismo camino el Conde y Neucasis, temiendo uno y otro que si se descubria la verdad, los buscarian para castigarlos; y quedaron admirados y aturdidos, cuando el dia siguiente vieron venir á Miseno con Efigenia. El Conde no atinaba á tomar partido. Mas por fin su corazon voluble le impelia fácilmente á postarse rendido y mudo á los piés de Miseno, el cual señoreándose tambien de todos los movimientos de su corazon, sin hablar palabra le abrazó y levantó urbanamente. Neucasis malicioso todo lo observaba, aunque algun tanto tímido y cobarde; pero esperando siempre salir bien á fuerza de malicia y de simulacion. Dudaba cuál de los tres podria ser mejor apoyo para lo futuro; y no sabia dónde fijar el norte de sus acciones. Agradar á Miseno era lo mas seguro; pero le parecia muy difícil haber de representar por mucho tiempo el papel de la virtud sin el cual era imposible entrar en su agrado. Al Conde, ya él veia que no podria tener la aprobacion de Efigenia, pues observaba que esta ni aun los ojos podia poner en él, porque con solo oír su voz se horrorizaba. Y cual ave de rapiña, que habiendo perdido la presa se levanta á lo alto, se remonta y anda girando por los aires, para observar quién ha de ser el miserable objeto de su crueldad, así era Neucasis.

22 De este modo caminaban los cuatro como mudos: en el Conde la vergüenza, en Efigenia el arrepentimiento, y en Neucasis la malicia producian el mismo efecto que en Miseno causaba la prudencia, hasta que en fin rompió este el silencio por causa del Conde, á quien veia sumamente afligido, y le dice generoso: No temais, hijo mio, que os aborrezca, ó que para abandonaros me acuerde de los lances pasados. Yo debo suponer que nací hoy, porque el cielo me libró de la muerte en este dia, y de aquí adelante reputaré mi vida como si Dios me hubiese enviado al mundo de nuevo. ¿Y será acaso razon que una vida nueva milagrosa comience por una accion indigna, cual seria vengarme, y vengarme de las ofensas contra otro Miseno que habia de perecer, pues este que veis ahora ya es otro? No